



González Requena, Jesús

*El discurso televisivo:
espectáculo de la posmodernidad*
Madrid: Cátedra, 1992
(Signo e imagen, 9).

ESPECTÁCULO Y TELEVISIÓN, PALABRAS que definen creaciones del ser humano, las cuales ahora parecen tener mayor repercusión al acotar, a partir de las premisas del texto, un término dicotómico que nos lleva comprender el discurso televisivo como espectáculo de la posmodernidad, del cual González Requena identifica y analiza cada una de sus unidades fragmentadas.

A lo largo de quince capítulos, el autor recorre la historia misma de las imágenes, con su respectiva interpretación y en diferentes medios; parte de la pintura hasta llegar al discurso televisivo y da al lector una postura analítica sobre los contenidos ofertados a través del aparato receptor que más repercusión social ha tenido.

González Requena encuentra el preciso punto de partida en la ubicación física de este medio, al cual refiere como un ente que siempre está mirándonos, justo ahí, delante de nosotros. Y a partir de la previa enunciación, se desglosa un recorrido desde los fundamentos semiológicos establecidos por Ferdinand de Saussure, hasta las barras de programación difundidas en televisión.

En el primer capítulo, se enuncia la fundamentación teórica de signo: lengua, habla y discurso, los cuales son convencionalmente establecidos por un orden simbólico regido por lo social. Cabe puntualizar la diferencia entre códigos del discurso y el lenguaje.

El segundo capítulo refiere la programación televisiva como macrodiscurso en el que se incluyen variados marcos semióticos integradores de una programación

constituida por discursos de múltiples niveles de significación, más allá del mensaje. Además, considera la comunicación como integradora de todo proceso de significación. Íntimamente ligado, en el tercer acápite, el autor fundamenta sus premisas sobre la televisión: el discurso televisivo dilucidado como un todo, en el que la fragmentación sólo es una herramienta constructora de lo definido como discurso televisivo dominante.

El cuarto capítulo trata sobre el simulacro de comunicación nato de la televisión, el cual se sustenta en la ideología de los mismos medios de comunicación de masas y en la tecnología del mercado, con la finalidad de instaurar un espectáculo permanente. Para definir espectáculo y cómo el término se asocia a la televisión, el autor hace un recorrido desde el modelo carnavalesco hasta la escena fantasma, a lo largo del capítulo cinco. Llega a la televisión y sustenta que el espectador la acepta como tal, como parte de una realidad imaginaria configurada en la enunciación vacía de un lugar virtual.

El sexto capítulo habla de la representación, símbolo e imagen, en el cual González Requena parte de la experiencia perceptiva directa y de la experiencia perceptiva de la representación visual, en la que se ubican las imágenes mediadoras entre el yo y su mundo referencial. Surge aquí un fenómeno de la representación denominado hipertrofia de la imagen; y el discurso televisivo se descubre invadido de lo imaginario, de lo irrealizado.

El séptimo capítulo se enfoca en el discurso televisivo como un espectáculo *descorporeizado*, en el que el lugar de la enunciación queda vacío y sobresignifica la ausencia del cuerpo al presentarse una desacralización y *desimbolización*, lo cual fomenta la abolición de lo íntimo en una cultura de absoluta accesibilidad, en la que la imagen televisiva confirma la verdad de las representaciones cada vez más negadas.

En el octavo capítulo, el autor plantea las funciones del lenguaje y de la enunciación, haciendo uso de los postulados de Roman Jakobson para el proceso comunicativo. González Requena plantea el discurso del enunciador como un *yo te digo que tú eres*, y lo puntualiza al explicar el proceso en un espacio fuera del campo heterogéneo en el universo narrativo.

El noveno capítulo presenta la televisión como un espectáculo *desimbolizado* que incursiona en el mundo doméstico revolucionándolo y aboliendo la intimidad; también presenta la irrealización del mundo empatado con lo referencial de la información televisiva.

El capítulo diez postula la existencia de un eclipse en la narratividad, el cual surge por la transformación del mito, en la televisión, como algo cotidiano,

en la que la identificación narrativa conduce a la imaginaria por la hipertrofia del relato y el mensaje se dirige a un yo inconsciente.

El undécimo capítulo se centra en el lugar de la enunciación, descubierto vacío porque la ley del otro se encuentra carente de ideología y se advierte la abolición de la palabra al carecer de un intercambio simbólico entre los actores del proceso.

El duodécimo capítulo se refiere al reinado del *look* en el discurso televisivo, en el que los cuerpos imaginarios, *descorporeizados*, representan simbolismos que ignoran lo real y ponderan lo insoportable de lo corporal para fijar en el colectivo social un mundo *look/light*.

El decimotercer capítulo habla de la fotografía, la televisión y la pornografía: la mirada profana se convierte en profanadora para establecer un discurso en torno a lo delirante y desnaturalizado del otro como objeto de apropiación espectacular. En tanto que el decimocuarto capítulo define el discurso psicótico de la posmodernidad, expresado en la televisión, para indicar la ausencia de los partícipes del proceso enunciador del espectáculo.

El capítulo final señala que para el discurso televisivo no es importante decir algo, sino mantener el contacto con el espectador, diciendo cualquier cosa. Otra lectura del texto puede darse en dos momentos: en el primero, se presentan factores semióticos para analizar el discurso televisivo dominante; en tanto que en el segundo, los elementos que lo transforman en un espectáculo incesante y omnipresente —inmiscuido en lo más íntimo del ser— lo exponen como si fuera cotidiana la conversión de lo público a lo privado, rompiendo todo rito previamente establecido. (DRS)